

Capítulo XXXVI

**¿Cómo son las familias mexicanas?
(caso real)**

Andrés López

Introducción

En el año 2002, a raíz de la apertura del departamento Cualitativo en nuestras oficinas de México, llevamos a cabo una investigación entre 100 familias mexicanas. En ese momento éramos un equipo muy pequeño, así que, visto en la distancia, aquella tarea se nos aparece un tanto osada. Naturalmente, en ese momento no pensamos en las dificultades; la pasión de llevar adelante el estudio fue lo único que primó. Creemos que el resultado fue bueno. Al menos la experiencia así lo fue.

En este capítulo queremos compartir algunos de los resultados de aquel trabajo. El título del texto fue: “Las familias mexicanas (familia y consumo)”. Con este título quisimos reflejar los dos tipos de hallazgos de los que vamos a hablar:

- Por un lado, el título en sí (“Las familias mexicanas”) hace referencia a aquellos cambios que están teniendo lugar actualmente en las familias y el modo en que éstas los viven. Aunque el estudio se hizo hace ya 6 años, y hoy pudiera haber algunas diferencias, pensamos que las cuestiones básicas que aquí planteamos siguen siendo válidas.
- Por otro lado, el subtítulo “(Familia y consumo)”, hace referencia a un aspecto que va más allá del caso particular mexicano: el de la relación entre la unidad familiar y el consumo. Al estudiar las familias mexicanas nos dimos cuenta de la importancia que las configuraciones familiares tienen en las dinámicas de consumo, y nos pareció importante rescatar este hecho; pues al ser el consumo un fenómeno eminentemente individual, en el momento de pensar nuestras estrategias o de plantear nuestras investigaciones, tendemos fácilmente a olvidar la influencia que en él tiene la familia como tal.

Objetivos

En esta investigación nos planteamos dos objetivos básicos:

- Entender los cambios que estaban teniendo lugar en las familias mexicanas y el modo de vivirlos.
- Explorar la relación que las familias mantenían con diferentes sectores de consumo (alimentación y bebidas; equipamiento y limpieza del hogar; salud; servicios financieros; cuidado e higiene; proceso de compra; ocio; tecnología).

Metodología

Realizamos una investigación de corte Etnográfico, mediante Entrevistas Familiares en el hogar. Cada entrevista duró aproximadamente tres horas. En la mayoría de los casos, en ellas estaban presentes todos los miembros de la familia. Las entrevistas fueron muy abiertas y, aunque había algo parecido a un guión, la única consigna era entender la familia y su relación con los mercados.

Se realizaron 100 Entrevistas Familiares. O sea, que se trató de una investigación Cualitativa de amplio espectro.

En el diseño metodológico se tuvieron en cuenta las siguientes variables:

- Tipo de familia:
 - Personas que viven solas: 7 Entrevistas.
 - Parejas sin hijos: 10 Entrevistas.
 - Parejas con hijos pequeños: 13 Entrevistas.
 - Parejas con hijos adolescentes: 14 Entrevistas.
 - Parejas con hijos jóvenes: 15 Entrevistas.
 - Adultos que viven solos con sus hijos: 5 Entrevistas (todas con mujeres).
 - Parejas cuyos hijos se han ido de casa: 5 Entrevistas.
 - Parejas de la tercera edad: 5 Entrevistas.
 - Familias de inmigrantes: 5 Entrevistas.
 - Familias con un miembro en Estados Unidos: 4 Entrevistas.
 - Parejas homosexuales: 3 Entrevistas.
 - Familias multigeneracionales (varias generaciones en la misma casa): 10 Entrevistas.
 - Hogares multi-familiares (más de una familia en la misma casa): 4 Entrevistas.

Conviene aclarar que no buscábamos ningún tipo de representación estadística. Lo único que nos preocupaba era tener una muestra mínima de cada tipo de familia para poder establecer comparaciones entre ellas.

- Localización → el estudio se llevó a cabo en las siguientes localidades:
 - México D.F.: 25 Entrevistas
 - Guadalajara: 15 Entrevistas
 - Monterrey: 15 Entrevistas
 - Tijuana: 10 Entrevistas
 - Mérida: 10 Entrevistas
 - Mazatlán: 5 Entrevistas
 - Puebla: 6 Entrevistas
 - Morelia: 9 Entrevistas
 - Oaxaca: 5 Entrevistas

Naturalmente, tampoco en este caso hubo ningún criterio estadístico. Intentamos cubrir poblaciones de diferentes tamaños. México D.F. es una metrópoli, Guadalajara y Monterrey son grandes ciudades, mientras que el resto son ciudades intermedias.

Pretendíamos contemplar ciudades de distintas zonas; unas están al norte, otras al sur; unas son marítimas, otras de interior. También se trataba de tener recogidas en la investigación diferentes culturas y mentalidades; Monterrey o Tijuana, por ejemplo, tienen mucha influencia estadounidense; Puebla es considerada de mentalidad tradicional; Oaxaca es tradicional pero en otro sentido: cultura propia muy arraigada, etc.

- Nivel socioeconómico → las 100 Entrevistas se distribuyeron del siguiente modo:

- 30 entrevistas con niveles medio altos y altos (clase social B / C +).
- 40 entrevistas con nivel medio y medio bajo (clase social D + / C típico).
- Y 30 entrevistas con nivel bajo (clase social D).

La doble moral

Vamos a empezar a adentrarnos en las familias mexicanas. Uno de los aspectos que más llamó nuestra atención al comenzar a hablar con las familias fue la defensa que éstas hacían de los valores tradicionales. En efecto, en algún momento de nuestras entrevistas planteábamos la pregunta sobre cómo se podría definir a sí misma la familia con la que en ese momento dialogábamos. La respuesta era casi siempre la misma: nosotros nos consideramos una familia tradicional.

Y esta respuesta nos la encontrábamos no sólo en familias de mayor edad, sino también entre muchas parejas jóvenes. El siguiente comentario corresponde a una de estas últimas:

“Nosotros queremos educar a nuestros hijos de la misma manera en que fuimos educados nosotros, con los mismos valores... la religión es una parte importante de nuestro matrimonio” (pareja joven de Monterrey)

Naturalmente, de lo anterior no se puede concluir ni que todas las familias mexicanas se consideren a sí mismas tradicionales, ni mucho menos, que ese tipo de declaraciones se corresponda con la realidad. Las cosas en México, como en cualquier otro lugar, están cambiando aceleradamente.

La diferencia está en la forma de vivir los cambios y de posicionarse ante ellos. Habrá países en los que, al hablar de las relaciones familiares, la modernidad sea un valor; en ellos la respuesta a la misma pregunta lo más posible es que fuera del tipo: *“nosotros somos muy modernos”*. En México no es así. La tradición, cuando de la familia se trata, es un valor. La cuestión es por qué lo es.

Cuando comenzamos a preguntarnos a este respecto, lo primero que pensamos era que esta reivindicación de los valores tradicionales, este presentarse a sí mismas como tales era una especie de fachada, un intento de quedar bien ante el investigador.

La doble moral forma parte de la sociedad mexicana, así que no tenía nada de extraño que esa fuera la explicación. Que de una fachada se trataba quedaba manifiesto, por otra parte, en algo que se podía observar en el curso de algunas de nuestras entrevistas. Al comienzo de las mismas era frecuente que el hombre, en nombre de toda la familia, tomara la palabra y, no sin cierta solemnidad, hiciera una especie de historia familiar, impregnada de valores tradicionales, en la que naturalmente él tenía un papel destacado.

Lo curioso es que al cabo de una media hora, cuando el ambiente se había relajado, eran los otros miembros los que tomaban su turno, poniendo al papá en su lugar, y contando una historia bastante diferente. Esto va más allá de lo anecdótico, y pone de relieve muy gráficamente el asunto que estamos tratando.

La importancia de la familia en la identidad mexicana

En cualquier caso, la defensa de los valores tradicionales no se puede reducir al tema de la doble moral. Cuando los mexicanos defienden la familia están defendiendo algo que, por los cambios que se están viviendo, sobre los que más adelante volveremos, sienten amenazado y es muy importante para ellos. Así que se haría mal, al pensar, pongamos, en una comunicación, en minusvalorar esta defensa de lo tradicional.

La familia, en efecto, en México, desempeña un rol esencial en la configuración de la subjetividad y en ella se deposita, por lo mismo, una fuerte carga emocional. El hecho de pasar los fines de semana con la familia de origen forma parte de los hábitos sociales, de igual manera que forma parte de ellos obligar al hijo adolescente a asistir a esas comidas aun cuando él esté deseando hacer otra cosa. En el mantenimiento de los lazos familiares, en suma, el mexicano invierte mucho de su tiempo y mucho de sus afectos.

Pero, además, la familia forma parte de las señas de identidad nacionales. En las entrevistas era frecuente que saliera a colación y, como contraejemplo, el caso de las familias del “otro lado”, es decir, de las familias de Estados Unidos. Son casi siempre descritas como “no-familias”, como mera agrupación de individualidades sin vínculo afectivo alguno entre ellas; son el espejo de lo que no se quiere ser.

La defensa de unas determinadas relaciones de poder

Los valores tradicionales son, pues, el espejo en el que uno quiere verse y ser visto, y su defensa es la defensa de algo que, sintiendo amenazado, se desea mantener. Pero esta defensa también tiene que ver con un tercer elemento.

Nos referimos al cambio que está teniendo lugar en las familias y que conlleva necesariamente un cambio en las relaciones de poder en su interior. El hombre deja de ser el rey de la casa, o quizá se debiera decir que se hace más evidente que nunca que no lo es, y la mujer va adquiriendo cotas de poder.

En este sentido, es muy revelador algo que veíamos en algunas entrevistas con familias de nivel bajo. En estas familias es frecuente que la mujer tenga que trabajar, no tanto por deseo o vocación como sucede en otros niveles, como por pura necesidad y, dado que el trabajo formal no ofrece muchas alternativas, lo hacen en actividades informales (venta de artículos por catálogo, por ejemplo).

Pues bien, al comenzar a hablar con ellas, era frecuente que no se hiciera mención alguna del trabajo de la mujer o, cuando se hacía referencia al mismo, se presentaba en términos tales que su importancia se minusvaloraba.

En la medida en que trabajar fuera del hogar es una de las bases de la autonomía de la mujer, este deseo de ocultar la realidad o, de plano, de negarla, tiene mucho, pues, de defensa del “status quo” familiar.

No puedo olvidar una entrevista con una pareja joven, que dio comienzo en ausencia del marido, que todavía no había vuelto de trabajar. En esos primeros momentos, la mujer contó sus deseos de trabajar y tener autonomía económica. Pues bien, a partir de la llegada del marido esos sueños y deseos no volvieron a hacer aparición: en su lugar aparecieron los hijos deseados y la educación que como es debido se les debía dar.

Individualización, hedonismo, tolerancia

Pero vamos a ver ahora que a pesar de esta mirada hacia la tradición, las cosas están cambiando. Y, es precisamente porque están cambiando, por lo que encontramos esa defensa de los valores tradicionales. Las causas de los cambios no son distintas en absoluto de las que se dan en otras latitudes. Tampoco lo son las consecuencias. Veamos.

En la raíz de los cambios en las dinámicas familiares encontramos tres elementos: el creciente individualismo, las tendencias hedonistas y la ausencia (relativa) de valores que se acompaña de una mayor tolerancia o indiferencia frente a distintas opciones de vida.

El individualismo no es un fenómeno nuevo, pero quizá sí lo sea la forma que va adquiriendo. La individualización tiene ante todo que ver con la orden de ser uno mismo: cumplir con los propios proyectos y con los propios deseos. Esta orden implica anteponer los proyectos individuales a cualquier rol preestablecido.

Se entiende las consecuencias que esto tiene en las dinámicas familiares. Simplemente, ser madre no es un destino al que alguien tiene que subordinar todo. En las condiciones de “modernidad líquida” (Zygmunt Bauman) comprometerse con un rol de por vida deja de ser racional. Uno, nos explica Bauman, tiene que sentirse suficientemente libre, desligado de roles obligatorios y de por vida, como para poder adaptarse a los cambios continuos.

Los vínculos sólidos y para siempre dejan de ser funcionales. Digamos de paso que la ausencia de este tipo de vínculos se compensa con la creación de otros más pasajeros, basta pensar en el auge de las comunidades virtuales.

Sobre el hedonismo se ha escrito mucho y poco hay que añadir. Sustituyendo al valor de la renuncia (el sacrificio) para conseguir metas a largo plazo, y enaltecendo la búsqueda de experiencias nuevas, se entiende de sobra que sea uno de los elementos que más minan la institución familiar.

Tampoco hay por qué extenderse en hablar de la cuestión de la tolerancia. Simplemente decir que la misma idea de tener valores ha entrado en crisis y en su lugar encontramos una especie de relativismo absoluto que hace que se acepten, con mayor o menor facilidad, otras opciones de vida.

Los cambios

Como consecuencia de lo dicho, lo primero que cabe señalar es que la familia nuclear deja de ser el modelo único, o el único modelo legítimo, de familia. Quizá no se trate tanto de que junto a la familia tradicional aparezcan otros tipos, sino de que esos otros tipos, muchos de los cuales siempre han estado, adquieran carta de legitimidad.

Pero más allá de este hecho, lo que nos parece interesante es señalar algunos de los cambios más relevantes que están teniendo lugar en el interior mismo de las dinámicas familiares:

- Cambios en la naturaleza del vínculo de la pareja. En tanto que se tienden a primar los proyectos personales (individualismo) sobre los roles (obligatorios y de por vida), la naturaleza del vínculo en la pareja tiene que cambiar. Lo afectivo cobra importancia frente a la obligatoriedad.
- Cambios en el rol de la mujer. Esa misma tendencia individualista explica por otro lado que los roles se hagan más flexibles, pues ahora hay que dejar lugar para que el otro lleve adelante sus proyectos.

En el caso de las mujeres las consecuencias son evidentes. Lo que aparece es un nuevo tipo de mujer que sustituye y se contrapone con el tradicional. No se trata tanto de que la mujer deje de asumir el papel que tradicionalmente se le ha asignado (su rol afectivo, expresivo, vivificadora de las relaciones familiares, criadora de los hijos...) como de que lo interpreta de otro modo.

En efecto, de transmisora de los valores tradicionales pasa a ser una especie de facilitadora de las comunicaciones intrafamiliares; de mamá nutricia a especialista en la alimentación; de sacrificarse por los demás miembros a combinar su deber con el placer; de ser aliada de los hijos (frente al padre, en muchos casos ausente y casi siempre distante) a aliarse con éste para la educación de aquellos; y un largo etc.

- Cambios en el rol del hombre. Como contrapartida, también en el caso del hombre se observan cambios; y, del mismo modo que en la mujer decíamos que no se trataba tanto de cambios que afectarían a lo esencial del rol atribuido como al modo de interpretarlo, también aquí podemos decir que no se

trata tanto de que el hombre deje de cumplir con su rol instrumental (proveedor, sostén económico, autoridad formal...) como de que tiende a interpretarlo de otro modo.

Aparece así un hombre más “negociador” y dispuesto a establecer relaciones más horizontales con la esposa; más abierto y tolerante con los hijos; más afectivo con éstos, más cercano a ellos y con mayor disposición a asumir responsabilidades en su educación cotidiana; y con mayor disposición también a asumir las tareas domésticas (relativamente: la cocina sigue siendo territorio femenino y en el resto de las tareas, en la mayoría de los casos, más que un compromiso real de lo que se trata es de echar una mano).

- Cambios en la educación de los hijos. Como insistiremos más adelante, los cambios señalados, por lo dicho al comienzo del capítulo, están teñidos de una fuerte ambivalencia: se aceptan y rechazan, se desean y temen al mismo tiempo. En el caso de la educación de los hijos la ambivalencia es mucho menor. En general, hay un acuerdo en que debe ser el respeto hacia sus proyectos y deseos lo que tiene que regir la relación con ellos.

Como sucede en otros lugares, los límites que los padres imponen a los hijos se han suavizado tremendamente, hasta el punto de que la identidad de éstos ya no se construye tanto frente a aquéllos (jóvenes frente a adultos) como a través de las diferencias que se dan dentro de los mismos jóvenes (fenómeno de las tribus, importancia de las músicas, las marcas, etc.).

La ambivalencia hacia los cambios

Probablemente, todos los cambios que acabamos de mencionar se dan en México del mismo modo que se dan en otros países. Quizá lo específico de México sea la fuerte ambivalencia con que se dan.

En efecto, todos estos cambios que, en general implican unas relaciones más horizontales de poder, una mayor afectividad en la naturaleza de los vínculos, un mayor respeto y tolerancia al otro... son la a vez deseados y temidos, en tanto que se perciben como amenaza a una institución que se vive como muy importante, y en tanto que atenta contra unas determinadas relaciones de poder.

Esta ambivalencia se resuelve de distinto modo según las edades y según los niveles socioeconómicos. En otras palabras, la asunción de los cambios no es socialmente homogénea.

Es esclarecedor en este sentido las diferencias en el modo en que las mujeres asumen el trabajo fuera del hogar:

- En las mujeres de niveles bajos y medio bajos, el trabajar fuera de la casa es una necesidad más que una vocación: su deseo en muchos casos sería no tener que hacerlo, y siempre hay una esperanza de que la salida del hogar sea eventual.
- En las mujeres de clase media, en las que con el salario del marido sí se puede llegar a final de mes, la mujer evita trabajar fuera (quizá por eso se convierte en una perfecta administradora del hogar).
- Y es en las clases medias altas donde más observamos un deseo genuino por parte de la mujer de trabajar fuera de la casa, y, aun aquí, es muy frecuente que ese deseo se proyecte hasta el momento de tener el primer hijo.

Naturalmente, las diferencias en el modo de afrontar los cambios también tienen que ver con la edad. Lógicamente es entre los más jóvenes donde encontramos una mayor apertura.

Los cambios según los niveles socioeconómicos

Y por supuesto, también hay diferencias según los niveles socioeconómicos. Conviene explicar esto brevemente en tanto que puede arrojar luz sobre el futuro próximo.

Las tendencias que hemos señalado como subyacentes a los cambios en las dinámicas familiares (individualismo, hedonismo y relativismo de valores) no se dan por igual en todos los sectores. Tampoco la familia juega el mismo papel en ellos. Nos explicamos.

Las actitudes más tradicionales, o más defensivas de los valores tradicionales, que encontramos en los niveles bajos, tienen mucho que ver con el papel que juega la familia, entendida como red de apoyo en circunstancias adversas. Casi única red de apoyo, conviene decir, en una sociedad en la que el llamado “Estado del Bienestar” nunca llegó a funcionar.

La defensa de la familia no solo obedece a la defensa de algo que para todos los mexicanos es muy importante, o a la defensa de unas determinadas relaciones de poder, sino también a la defensa de una red que es la única con la que llegado el caso se cuenta.

La situación es distinta en los niveles medio altos y altos. En parte porque dado el nivel educativo de sus miembros, éstos están en mejor situación para, llegado el caso, poder prescindir de esa red de apoyo, y en parte también porque algunos de los valores que subyacen a los cambios es más fácil que calen en estos estratos. Conviene resaltar que en los niveles más altos encontramos tendencias fuertemente conservadoras, en las que se mezclan motivos ideológicos y religiosos.

Así, por ejemplo, el llamado hedonismo es una tendencia que en las familias mexicanas se hace más presente a partir de la clase media alta: sus miembros, pudiendo disfrutar, por su situación económica, gustan de hacerlo y gustan de hacer notar que lo hacen.

En cambio en los niveles más bajos el hedonismo está menos presente: en los bajos porque difícilmente pueden plantearse un consumo de placer cuando a duras penas llegan a subsistir; en los medios bajos porque luchando por no caer, predominan valores como la honradez, el trabajo y la disciplina.

Y en los niveles medios porque queriendo subir predominan los valores del esfuerzo (con un poco más de esfuerzo pueden llegar a tener un coche o conseguir que mis hijos vayan a una escuela privada).

Otro tanto sucede con el individualismo. También aquí encontramos una distribución social de esta tendencia, fácilmente explicable. Hemos dicho que el individualismo tenía que ver con la orden de ser uno mismo, de cumplir los proyectos propios. Va de suyo que este imperativo es más fácil que arraigue en los niveles más altos que en los más bajos, sencillamente porque son aquellos los que pueden tener proyectos—cuanto más resuelto está el presente, más puede uno permitirse pensar en el futuro—.

Teniendo en cuenta estas diferencias conviene matizar todo lo dicho sobre los cambios y las resistencias a ellos; pues siendo cierto que la ambivalencia que hemos explicado está presente en todos los niveles, la forma de resolverla varía de unos a otros. Podemos imaginar un futuro inmediato en el que las familias de los niveles medios altos y altos sean bastante similares a las de otras sociedades (europeas o norteamericana) mientras que en los niveles bajos los cambios van a tener otro ritmo.

La familia y el consumo

Decíamos al comienzo del capítulo que el análisis de las familias mexicanas nos había servido para entender mejor algo que va más allá de la particularidad de esta sociedad, el papel que la familia como tal tiene en el consumo.

También decíamos que nos interesaba llamar la atención sobre este hecho porque, aunque dicho papel pueda parecer obvio, es algo que tiende a no contemplarse, acostumbrados, como estamos, a pensar el consumo como un hecho meramente individual (lo que sin duda es) y a diseñar nuestras estrategias y nuestras investigaciones bajo esa premisa.

La incorporación de estudios Etnográficos en nuestras prácticas, muchos de los cuales se llevan a cabo en hogares y con presencia de algunos miembros de la familia, está ayudando sin duda a cambiar esta percepción.

Al final del epígrafe anterior ya hemos dicho algo sobre cómo los valores que determinan la relación con el consumo varían de unos niveles socioeconómicos a otros. Pero no es esto a lo que nos queremos referir aquí y ahora. Lo que vamos a plantear es otra cosa.

La configuración emocional de la familia

Nuestra hipótesis es la siguiente: al igual que en los individuos, también en las familias hay determinadas configuraciones emocionales, y éstas, que no son otra cosa que el resultado de determinadas líneas de fuerza de carácter afectivo, que atraviesan las familias y toman distinta forma según su tipo, determinan, de algún modo, la vinculación que cada tipo de familia mantiene con los mercados y el consumo.

Para clarificar a qué nos estamos refiriendo con el término de “configuración emocional” veamos el ejemplo de las mamás sin pareja. En nuestras entrevistas observamos que en estos casos la sobrecarga de responsabilidades que obligan a la mamá a estar ausente se aúna con fuertes sentimientos de culpa. La consecuencia, en lo que al consumo se refiere, es la tendencia, por un lado, a hacerse más práctica y, por otro, a sobresatisfacer los caprichos de los hijos. En estas condiciones, el echar mano de la comida preparada o la tendencia a comprar al hijo todos aquellos juguetes electrónicos que desee y con los que puede pasar algunas buenas horas, sirven para, digamos, matar dos pájaros de un tiro.

Otro ejemplo de configuración emocional es el de las familias con el papá emigrado a los Estados Unidos. La ausencia del padre favorece en algunos casos la tendencia de fuga de los adolescentes, la cual tiende a ser compensada por la mamá mediante la búsqueda de espacios de ocio gratuitos que pueda compartir con los hijos.

Dejando de lado los problemas específicos que tal situación plantea en la educación de los hijos, en estas familias observamos que, como respuesta al sacrificio que está haciendo el padre, la culpa guía el consumo y se manifiesta en políticas de austeridad y ahorro en productos de higiene para el hogar y personal o en productos de alimentación (evitación de caprichos).

Otro ejemplo más es la relación con el hogar que observamos en algunas parejas homosexuales. En una sociedad tan marcadamente tradicional, el hogar, en estas parejas, adquiere una importancia particular: espacio de libertad y de expresión de la diferencia, se deposita en la casa una especial carga afectiva que se traduce en el consumo de los artículos relacionados con ella.

Creemos que estos ejemplos son suficientes para dejar claro el concepto de configuración emocional que estamos proponiendo. En las familias más “atípicas” (parejas homosexuales, familias con el papá trabajando en Estados Unidos, mamás sin pareja), quizá precisamente por esa condición, es donde con mayor claridad podemos ver estas configuraciones y la forma en que influyen en el consumo. Pero también podemos ver a continuación cómo opera en las familias más “típicas”.

Tipos de familia, configuraciones y vinculación con los mercados

Las diversas etapas por las que atraviesan las familias (antes de los hijos, la llegada de éstos, su adolescencia y juventud, su salida del hogar) marcan otros tantos momentos, cada uno de los cuales tiene su configuración emocional característica que determina de algún modo la relación con los mercados. Sin ningún ánimo de agotar el tema, veamos, de manera esquemática, algunos ejemplos.

En el caso de la familia sin hijos, la configuración emocional viene dada por el momento en que están, momento de delimitación de un espacio propio, que implica una ruptura con la familia de origen por un lado y la construcción, generalmente gozosa, de la pareja, por otro.

Y las formas de manifestarse en el consumo son las siguientes:

- La nutrición tiene como eje el placer: poca regulación de horarios en las comidas, éstas se eligen en función de las preferencias.
- El ocio resulta vital para la construcción de la pareja (comidas fuera del hogar, planes de vacaciones...).
- Respecto al hogar hay una doble situación; en algunas parejas encontramos una fuerte carga afectiva (se estrena casa) mientras que en otras (sobre todo cuando la mujer trabaja) hay un claro distanciamiento.
- La compra se tiende a vivir como un momento que se comparte y disfruta; en algunas categorías puede haber cambios respecto a los hábitos adquiridos en la familia de origen.

Por lo que se refiere a las familias con hijos pequeños la configuración emocional gira en torno a un momento clave en la consolidación y conformación del núcleo familiar. Los miembros de la pareja tienen que decidir cómo van a asumir su rol.

Veamos las formas de manifestarse en el consumo:

- La nutrición tiene que regularse; el eje del placer deja lugar al de la nutrición. La entrada del hijo facilita en muchos casos la incorporación de hábitos más saludables.
- El ocio se centra en el niño. Retorno a las familias de origen.
- El cuidado de la imagen, en el caso de la mujer, tiende a transferirse al hijo.
- La compra se transforma en momento de abastecimiento y lo que era un momento de disfrute del encuentro con el otro se resignifica como lugar de encuentro de los roles paterno y materno.

En las familias con hijos adolescentes y jóvenes la configuración emocional lleva a un momento de explosión de las individualidades. Aparecen tendencias disolventes/centrífugas para la convivencia familiar. Los hijos aportan aire fresco al hogar: nuevas ideas, hábitos, tendencias.

Veamos las formas de manifestarse en el consumo:

- Conviven en el hogar distintos criterios de alimentación entre los que hay que negociar. El eje pasa a ser la practicidad, hay distintos horarios de comida que amenazan la convivencia familiar.
- La compra pierde por completo su carga afectiva, de ser un “paseo familiar” se transforma en un trámite a cumplir.
- Los espacios de ocio (padres/hijos) se van diferenciando y se buscan espacios compartidos para preservar la unidad.
- Permeabilidad a la publicidad y la moda en los jóvenes que se transfiere a los papás.

- El hogar tiende a ser algo parecido a una infraestructura de servicios; los procesos evolucionan hacia la simplificación.

Cuando se produce la partida de los hijos, la configuración emocional lleva a reinventar la pareja, lo que obliga a redescubrir espacios de ocio y de disfrute. Se produce una manifiesta preocupación por el futuro: tendencia al ahorro y preocupación por la salud.

Y las formas de manifestarse en el consumo son las siguientes:

- Reencuentro del disfrute íntimo. Aumentan las comidas fuera del hogar y se resignifican algunos hábitos (por ejemplo, hay que dar otro sentido a las vacaciones distinto del estar con los hijos).
- Compra marcada por un cierto ascetismo (tendencia al ahorro).
- Esa tendencia al ascetismo en la compra se combina de una manera particular con la necesidad de buscar momentos de disfrute íntimos: en muchos casos lo que uno ahorra en artículos más cotidianos lo invierte en caprichos que se puedan disfrutar con el otro.
- El esfuerzo invertido en equipamiento y limpieza del hogar se reduce considerablemente. El tiempo liberado se puede vivir como un vacío, que intentará llenarse de diferentes modos.

Y, por último, llegamos a la tercera edad, donde la configuración emocional adopta la forma de una fuerte nostalgia (el pasado, el recuerdo, sobre todo en los hombres, sustituye al futuro) y lucha contra la decadencia (manifiesta en el deterioro del cuerpo y del hogar).

Analicemos las formas de manifestarse en el consumo:

- Mantener el vínculo con los hijos y los nietos como forma de llenar el vacío. En el mismo sentido, búsqueda de actividades de ocio (si es que no se sigue trabajando, lo que no es raro en los niveles bajos).
- En el caso del hombre se adquiere, y por lo mismo, un rol más activo en la compra.
- Poca renovación del hogar y en la incorporación de nuevos productos en el mismo. Aparece como un espacio de recuerdos y un lugar para la familia extensa.
- La comida, sometida a los parámetros médicos, se descarga de valor afectivo, el cual en cambio aparece depositado en ella cuando se trata de prepararla para los hijos y nietos.

Resumen y conclusiones

- En el año 2002 Millward Brown México realizó un gran estudio Cualitativo titulado “Las familias mexicanas (familia y consumo)”.
- Los objetivos de esta investigación fueron:
 - Entender los cambios que estaban teniendo lugar en las familias mexicanas y en el modo de vivirlos.
 - Explorar la relación que las familias mantienen con diferentes sectores de consumo.
- Se realizaron 100 Entrevistas Familiares Etnográficas en el hogar, de 3 horas de duración cada una. Por lo tanto, se hizo una investigación Cualitativa de amplio espectro.
- En general, a las familias mexicanas, incluidas las más jóvenes, les gusta presentarse y definirse como tradicionales. La familia desempeña un rol esencial en la configuración de la subjetividad y en ella se deposita una fuerte carga emocional.

- El hombre está dejando de ser el rey de la casa y la mujer va adquiriendo cotas de poder.
- Se detecta un creciente individualismo, tendencias hedonistas y la ausencia de valores (relativismo).
- La familia nuclear deja de ser el único modelo legítimo.
- Pero todos estos cambios mencionados anteriormente se viven con una fuerte ambivalencia y de forma distinta según el nivel socioeconómico.
- Al igual que en los individuos, también en las familias hay determinadas configuraciones emocionales, y éstas, que no son otra cosa que el resultado de determinadas líneas de fuerza de carácter afectivo, que atraviesan las estructuras familiares y toman distinta forma según su tipo, determinan, de algún modo, la vinculación que cada tipo de familia mantiene con los mercados y el consumo.

BIBLIOGRAFÍA

Para los cambios en el rol femenino dentro de las familias, se puede consultar los siguientes artículos de la Revista Nexos 299, especialmente dedicada a la familia mexicana: “¿Quién gana más?” de Rosa María Ruvalcaba y “Azahares para tu boda (o tu unión libre)” de Julieta Quilondrán.

Para los cambios sociales que determinan y se reflejan en cambios en el interior de las familias, se puede consultar los siguientes textos:

BAUMAN, Zigmunt (2001): “La sociedad individualizada”. Madrid. Cátedra.

BECK, Ulrich (1998): “La sociedad del Riesgo”. Barcelona. Paidós.

BOURDIEU, Pierre (1998): “Contrafuego”. Barcelona. Paidós.

Erich FROMM y Michael MACCOBY (1970): “Sociopsicoanálisis del campesino mexicano”. Fondo de Cultura Económica. En este libro se realiza un análisis de la comunidad rural mexicana de aquella época.

